visión plenaria de un derecho natural que no fue nunca ni pretendió ser —nos dice citando a Vallet de Goytisolo— un orden de normas autónomas, separado del derecho positivo, como un modelo ideal, sino algo vivo que existía enlazado con el derecho positivo y que aun hoy sigue siendo algo operante en cuanto no se le impida aflorar.

Es de esperar que, tras esta primera aparición en nuestra lengua, comience a ser más ampliamente conocido y más justamente valorado por los estudiosos y lectores cultos hispanos.

MIGUEL AYUSO

José María Javierre: LA AVENTURA DE SER HOY SACERDOTE. BIOGRAFÍA DE RUFINO ALDABALDE (*)

Otro producto Javierre. Como todos los suyos. De fácil lectura y sin el más mínimo respaldo crítico. Lo que Javierre dice que dijo don Rufino Aldabalde, o lo que dice que dijeron de él, hemos de creerlo con fe divina, pues no hay la más mínima referencia a un libro, a una revista, a una página. Y tampoco sabemos si dice que dijo o dijeron o si se imagina esas palabras. Eso no es un libro de historia. Aunque nos aproxime la figura de don Rufino Aldabalde. Figura realmente singular.

Y como si quisiera hacer bueno aquello de "a la vejez, viruelas", en un absurdo afán de modernismo, además de peculiaridades sintácticas, licencias de expresión que tal vez piense le rejuvenecen: "ni pajolera idea" (pág. 8); "se armó un putiferio" (pág. 12); "mala leche" (pág. 227); "cierta coña" (pág. 362); "toma nísperos" (pág. 504).

También algunos errores como llamar Soldevilla al asesinado cardenal Soldevila (pág. 103), creer que Miguel de los Santos Díaz y Gómara, obispo auxiliar de Zaragoza y residencial de Osma y Cartagena y Administrador Apostólico de Barcelona,

(*) Desclée de Brouwer, Bilbao, 1997, 596 págs.

Fundación Speiro

tenía al de los Santos como primer apellido, pues tal cosa se deduce de la siguiente expresión, toda ella, por otra parte, modelo de buen gusto y de juvenil estilo literario: "Quien metió... el báculo —por la debida reverencia episcopal no escribo "metió la pata"— fue el obispo Miguel de los Santos" (pág. 504). Nadie se refiere a un obispo diciendo que "llegó el obispo Manuel" o "se equivocó el obispo Antonio". Se les nombra, salvo en el canon de la Misa, por el apellido o por el nombre y el apellido. Que no tuviera mucha idea, o que no recordara, quién era Díaz Gómara nos parece grave en quien escribe historia de la Iglesia contemporánea, pues eso son las vidas de los santos, de las que Javierre llena las librerías religiosas y, peor, que ignore que el Miguel de los Santos es el nombre de un excelso santo español. Por último, otro error grave de Javierre. Se está ocupando de la diócesis de Vitoria a la que pertenecía Aldabalde. Era vicario general de la misma en los días de Múgica Urrestarazu, Justo Echeguren y Aldama que llegaría a ser, por breve tiempo, ya que murió de accidente en 1937, obispo de Oviedo. Pues Javierre empeñado en hacerlo de Santander (págs. 357, 361 y 387). Y de Santander llegó, según el clérigo biógrafo, a refugiarse en el pueblo francés de Cambó (pág. 387). ¡Qué cosa más extraña! Un obispo que consigue huir del Santander rojo y que en vez de correr a la España nacional se queda en una localidad francesa... ¿Habremos descubierto a otro Vidal y Barraquer hasta ahora desconocido? Pues, así como no era obispo de Santander tampoco llegó de Santander para "refugiarse" en Cambó. Venía de la España nacional y, simplemente para tomar baños que le venían bien, o al menos eso se lo creía, a su salud.

Pues con todos estos antecedentes nuestras reservas al libro, voluminoso, son más que notables. Pero, pese a todo esto, y algo más que se nos habrá pasado, hay que decir que nos presenta a un sacerdote, desconocido para la inmensa mayoría de los españoles que tuvo un empeño o, mejor dicho, dos: hacerse santo y hacer santos a sus hermanos sacerdotes.

Nació en un caserío perdido de Gupúzcoa y era un niño más bien bruto. Llegó al Seminario menor sin saber palabra de castellano y seguía siendo más bien bruto. Hasta que un día determi-

Fundación Speiro

nó ser santo. Y todo cambió. Santo él y santos sus hermanos sacerdotes. Y renovó la diócesis en unos días espantosos en los que los sacerdotes eran fusilados. Absolutamente vasco, nunca se expresó bien en castellano, no quiso saber nada de nacionalismo. Con ser sacerdote le bastaba. Tampoco era españolista. Sólo sacerdote. Y animó a muchos que fueran solamente sacerdotes. Y lo fue. Y lo fueron. Sacerdotes diocesanos. Santos sacerdotes diocesanos. Javierre se empeña en que fue el pionero o el abanderado de la dignificación del clero diocesano. Antes de él, los buenos, los listos, los santos eran los religiosos. Y los brutos, los malos, los seculares. Es una exageración. Siempre hubo religiosos torpes y hasta malvados. Y sacerdotes diocesanos que eran eminencias en saberes y virtudes. No nos vamos a extender en lo que supuso el cabildo catedralicio en las sedes episcopales. Hubo deanes y arcedianos y arciprestes y chantres y penitenciarios y doctorales y magistrales y lectorales y simples canónigos que brillaron con luz propia e intensísima. Y simples sacerdotes. No es válida, pue, la tesis de Javierre. Pero ello no supone desconocer el esfuerzo de Aldabalde a favor de la dignificación y la santificación del clero secular de la diócesis de Vitoria, que entonces comprendía las tres provincias vascongadas.

Para ello organizó unos grupos sacerdotales que cambiaron el modo de ser sacerdote de muchos, montó un Instituto secular cuando éstos aun no existían que dio también magnífico resultado, inflamó a los seminaristas en afanes apostólicos, divulgó los ejercicios espirituales en las parroquias del obispado y dados por sacerdotes diocesanos... Y todo ello tuberculoso y muriéndose con cuarenta años. Parece imposible tanto trabajo.

Y además con malísima suerte, pues todos los obispos con lo que se tropezó eran malos o malísimos. Todos salvo el de Salamanca Barbado, pero a éste sólo le pudo tratar en su último año de vida. El resto. Qué desastre: Segura, Gomá, Eijo y Garay, Múgica, Lauzurica, Ballester, Enciso Viana, que lo sería algo despúes, todos pésimos. Y el nuncio Cicognani también. Y los jesuitas, que levantaban horribles calumnias contra Aldabalde por tener la inaudita arrogancia de utilizar los ejercicios espirituales sin ser hijo de Ignacio de Loyola. Hasta sus curas amigos le ha-

Fundación Speiro

cían perrerías. Sólo se salva María Camino, su fiel colaboradora en la fundación de las Misioneras Seculares. Y pocos más.

Bueno, con todas estas salvedades, el libro nos da a conocer a un sacerdote más que notable. Y cómo las páginas son muchas y la biografía de don Rufino no da para tanto también a muchos personajes de la época: Onaindía, Barandiarán, Goico-cheaundía, Múgica, Lauzurica, Ballester, Ugalde...

Esperemos que una buena biografía nos muestre pronto, con más precisión histórica y menos literatura a quien, por lo escrito por Javierre, parece debió ser un interesantísimo sacerdote.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

Miguel Ayuso: DE LA LEY A LA LAY. CINCO LECCIONES SOBRE LEGALIDAD Y LEGITIMIDAD (*)

En este ensayo el autor, iuspublicista y cultivador de la filosofía práctica, ilustra las transformaciones de la ley en su tránsito de la concepción clásica a la moderna, avistando las consecuencias de esta última y presentando un proceso que de la crisis del derecho por el predominio de la ley ha concluido en la crisis de la propia ley. En efecto, la concepción clásica de la ley se caracteriza por la racionalidad, sin racionalismo alguno, sino por referencia a la justicia, que en su especie general (la llamada también por ello justicia legal) tiene por pauta el bien común, causa final de la ley. La concepción moderna, comienza siendo racionalista, para convertirse pronto en voluntarista, y se desprende de cualquier referencia al orden de las cosas, enganchándose por contra al subjetivismo, al constructivismo y al utopismo. De ahí que si, en una primera fase, el legalismo, aun todavía en una versión dominada por la perspectiva clásica, se afirmase sobre el exilio del derecho, en un segundo momento ha sido la propia ley, ya afirmada en clave moderna, y precisamente en las fases

(*) Marcial Pons, Madrid, 2001, 80 págs.

Fundación Speiro